

—Como los austriacos son fatalistas, dijo el andaluz, van á desconfiar del porvenir en viendo el tocado de esa señora; van á creer que es un pájaro de mal agüero.

V.

Al día siguiente, 12 de Junio del año de gracia de 1864, entraron en la noble ciudad de México los señores archiduque Maximiliano y Carlota de Austria, á ocupar el antiguo trono de Moctezuma.

CAPITULO UNDECIMO.

LA MONTAÑA.

I.

El ejército de la República estaba envuelto en la derrota más completa; las defecciones estaban á la orden del día, y los patriotas eran asesinados en los campos de batalla y subían al patíbulo en las ciudades.

¡El espectáculo era horroroso!

La Europa cantaba victoria, la prensa enzalsaba al imperio, y se cubría con flores la sangre de los mexicanos.

Entretanto, la Unión Americana tomaba grandes ventajas sobre los confederados, que hacían esfuerzos supremos, heroicos, para lograr su desatinada empresa.

El termómetro de la situación mexicana estaba en el Capitolio.

Los restos del ejército de Juárez se habían refugiado en las montañas y hacían una guerra sin tregua á los invasores.

Las sierras inaccesibles de Michoacán eran los parapetos que la naturaleza ofrecía á los defensores de la República.

Los franceses avanzaron hasta Zitácuaro, foco de la insurrección, no sin pérdida de gente, porque tras de cada roca se escondía un grupo de guerrilleros, desde donde hacía fuego sobre el enemigo, aprovechando las ventajas del terreno.

Cuando uno de aquellos soldados del pueblo caía en manos

de los franceses, duraba su vida lo que dilataba el acto de fusilarle á no ser en los grandes combates en que se les perdonaba la vida.

No pasaba un sólo día sin un encuentro, una emboscada, un albazo, una derrota ó cualquier incidente sangriento.

II.

El coronel Eduardo Fernández, después de la toma de San Luis, se había dirigido con un grupo de valientes á ese benemérito Estado de Michoacán, donde había más probabilidad de éxito en las operaciones militares.

Aquellas montañas son el asilo de la libertad y la fuente inagotable del patriotismo.

Martínez y Quiñones, derrotados en la Tierra Caliente, se habían reunido con su coronel Fernández, y campeaban por cuenta de la República, exponiendo día á día su existencia, haciendo lujo de un valor temerario.

Ya no era el coronel Eduardo Fernández aquel guapo joven, elegante y apuesto. Su semblante se había tornado feroz en aquella guerra salvaje y sin cuartel; su cutis estaba tostado por el sol y el aire de las montañas; sus manos se habían encallecido; su traje estaba en girones; su sombrero, azotado por la lluvia y los huracanes; sólo sus armas no estaban emmohecidas, y su caballo de batalla permanecía lozano como á la salida de la capital.

Quiñones y el capitán Martínez tocaban á la desnudez: sus botas se han cambiado por *huaraches*, y de las camisas les quedaban unos girones.

Martínez le había robado á un colegial de la catedral de Morelia un manto colorado del cual se habían hecho blusas él y su compañero de campaña; pero ya las blusas tocaban á su último día ó por mejor decir, ya habían tocado á su término.

Ese aspecto de miseria hacía parecer á aquellos hombres como unos bandoleros.

La vida nómada que arrastraban, había gastado hasta cierto punto su corazón, y ya la muerte les parecía una cuestión de poco momento.

III.

Fernández estaba en una barraca conversando acaloradamente con sus oficiales: señores, decía, es necesario darles un albazo, es pequeña la guarnición francesa y alcanzaremos un éxito favorable.

—Las fuerzas de Méndez están muy retiradas y no podrán ponerse á nuestro alcance.

—Yo apruebo, gritó Martínez, ya estoy cansado de esta guerra solapada, quiero habérmelas frente á frente con el enemigo, ¿tú qué dices, Nicolás?

—Yo estoy dispuesto á todo, mi coronel, dijo un guerrillero que va á figurar de una manera trágica en estas páginas.

—Quiñones, usted alistará los cien infantes de que disponemos y avanzará hasta las orillas de Zitácuaro, de manera que se halle usted en las goteras al amanecer. Tú, Nicolás, adelántate con cincuenta caballos hasta ponerte en el camino de Morelia, y usted, Martínez, me acompañará.

—Listo, gritó el capitán.

—Yo, dijo Nicolás, haré una escaramuza por la parte del Sur de la ciudad, y ustedes caerán por el lado opuesto posesionándose de los mejores edificios: me encargo de cortar la retirada.

—Todo simultáneamente, amigos míos, la victoria estará mañana de nuestra parte.

—Compañero, dijo Martínez despidiéndose de Quiñones, mañana nos habilitamos.

Nicolás Romero reunió á sus guerrilleros, y les dió algunas órdenes.

Los soldados se dispersaron por el monte, y Nicolás se internó solo en los breñales del camino!

Quiñones destacó en grupos á su fuerza, y tomando un camino extraviado, se perdió entre los bosques de la serranía.

El coronel Fernández estuvo esperando que cargase la noche, y á las dos de la madrugada le gritó á Martínez que ya era hora.

El guerrillero montó á caballo, se aseguró como siempre de su pistola, y siguió á su jefe que á todo escape se dirigía á la plaza de Zitácuaro.



IV

La noche era densamente oscura, y comenzaban á caer algunos goterones precursores de la tempestad.

Después de algunas horas de camino, los guerrilleros acortaron el paso y se iban deteniendo ante los grupos de hombres que encontraban, daban contraseña y seguían adelante.

Sonaron los pasos de un caballo.

—Es Nicolás, dijo Martínez en voz baja.

En efecto, el bravo guerrillero se acercó con el mosquete preparado á reconocer á los dos jinetes.

—Mi coronel, dijo, todo está dispuesto, los franceses duermen á pierna suelta, ya entré en la ciudad, este es el momento oportuno, la mañana se presenta nublada y esto puede ayudarnos.

—Martínez, póngase usted al frente de la fuerza de Quiñones y á un tiro de mosquete se arrojan sobre el cuartel con los cien infantes, es necesario que el movimiento sea violentísimo.

Martínez se alejó precipitadamente y Eduardo se quedó con Nicolás Romero.

V.

Dios ha dotado ciertos corazones de un valor sobrenatural y ha dado temple heroico á las almas que destina para el martirio.

Nicolás Romero, hombre nacido en la cuna del pueblo, lleno de sentimientos nobles y generosos, se había lanzado de años atrás á la revolución llevado de un noble desinterés, elevando á cuantos le rodeaban, sin aspiraciones, sin envidia, sin ostentación; era un verdadero hijo de la república.

Desde que los franceses aparecieron en Veracruz, Romero había empuñado las armas, era su segunda época.

Si ha habido buenos guerrilleros en el país, Romero puede contarse entre los de primer orden.

Era el hombre incansable, su rapidez en los movimientos era preverbal.

Su destreza en las combinaciones lo hacía aparecer como un hombre hábil y experimentado.

Su valor jamás fué desmentido, luchaba como un león y era terrible en un duelo personal.

Romero había renovado los tiempos gloriosos de la independencia, era un valiente con quien podía contarse en un lance por temerario que fuese, nunca hacía observaciones, siempre estaba dispuesto á todo sin reparar en grados, sometiéndose á persona aún de menos graduación.

Nicolás Romero era conocido de todo el mundo, temido, y con razón, de sus enemigos.

Hacía tiempo que los franceses lo traían en sal y le preparaban mil emboscadas que todas las trascendía el astuto guerrillero.

Parecía que su caballo tenía alas, pues tan pronto estaba en un punto como á cien leguas distante, parece que se reproducía.

A veces los periódicos perdía la brújula y cada uno anunciaba á Romero en diferentes lugares.

Romero había llegado cien veces á las goteras de México y merodeaba por los alrededores á su sabor, sin inquietarle las columnas francesas que recorrían el Valle de México.

Toluca estaba amagado continuamente por el guerrillero y no dejaba un momento de descanso á los invasores.

En el desastre universal, conservaba la presencia de ánimo, y si había ido á Michoacán, era para engrosar sus filas con aquellos hombres de la revolución militante, que no cedían sin disputarle con su sangre un átomo de terreno á sus enemigos.

Nicolás había tenido una brillante acogida entre sus compañeros, y no hacía mucho tiempo que se encontraba entre ellos cuando dispusieron la sorpresa de Zitácuaro.

Ya hemos visto esa táctica de los guerrilleros; en cualquiera ejército esas disposiciones fueron los síntomas de la derrota.

Ningún general tocaría dispersión para concentrar horas después en un punto dado á sus soldados.

Aquellos hombres que en plena paz y estando atendidos en sueldo y vestuario, se desertan en bandadas, permanecían fieles y sumisos en los instantes de crisis y de muerte.

Estos fenómenos sólo se efectúan en las filas del pueblo y cuando se defiende el principio sagrado de emancipación y de independencia.

VI

La hora avanzaba.

Nicolás Romero y el coronel Fernández se situaron en las calles adyacentes á la donde estaba situado el cuartel.

A un disparo de mosquete, Quiñones y Martínez se lanza-

ron con denuedo sobre el centinela que cayó muerto á sus pies.

Penetraron en el cuerpo de guardia; pero los franceses estaban alertas y allí se trabó un combate terrible á la balloneta, en que fueron arrojados Quiñones, Martínez y sus soldados.

El resto de la fuerza francesa tomó la altura y comenzó á hacer disparos sobre el grupo de los soldados que se retiraban.

VII

¡Pié á tierra! gritó Nicolás Romero, y dejando su caballo entró en la casa inmediata, subió con todos sus soldados á la azotea y se anunció con una descarga de mosquetería sobre los franceses.

A la retaguardia del cuartel había otra casa por donde Martínez subió á la azotea, y allí volvió á trabarse otro combate sangriento.

Nicolás Romero, que percibió entre la opaca luz de la mañana lo que pasaba, volvió á la grupa de su caballo, y seguido del coronel Fernández y su gente, entró en el cuartel disparando los seis tiros de su pistola.

El fuego del interior y la lucha en la parte alta del edificio, introdujo el desorden en las filas francesas, que comenzaron á replegarse en los patios interiores para emprender una salida desesperada.

La lucha de la azotea había cesado, la superioridad numérica hizo sucumbir á los franceses, todos muertos ó mortalmente heridos.

Entonces Martínez y Quiñones con su fuerza diezmada en el combate, bajaron á auxiliar á Nicolás Romero que resistía el choque terrible de los franceses.

Ya había amanecido cuando los franceses se entregaron prisioneros y á discreción.

—Los fusilaremos luego, luego, mi coronel.

—¡Silencio! dijo el coronel Fernández, que se pase lista.

Martínez y Nicolás Romero dieron cumplimiento á la orden. De la infantería faltaban cuarenta y ocho hombres entre muertos y heridos.

De la caballería veinte guerrilleros; total, sesenta y ocho hombres fuera de combate.

El enemigo perdió toda su fuerza, pues los soldados que no habían sucumbido quedaron prisioneros.

El coronel llamó aparte á Romero.

—¿Qué hacemos de esa gente? le dijo.

—¡Qué sé yo! respondió Nicolás, nos basta haberlos vencido; ¡lo demás no es cuenta mía!

—¿Qué le decimos á la tropa que pide su muerte delante de los cadáveres de sus compañeros?

—Es cierto, yo no sé qué decirles; pero yo no he matado á nadie fuera del momento.

—Oye esos gritos, ¡vive Dios! que tienen razón nuestros soldados.

VIII

Era un grave compromiso.

La gritería aumentaba, el pueblo de Zitácuaro unía sus clamores á los de la chinaca y aquello se convertía violentamente en un motín que podía dar por resultado un acto de barbarie inaudito.

—Tenemos mucho que vengar, Nicolás, llevamos cerca de dos años de sufrimientos, de miserias y de sangre.

—Si estuviera en nuestro poder ese señor Mariscal, yo no dudaría un momento en fusilarle; pero estos miserables no merecen ese honor.

—¿Y cómo aquietar la grita?

—Es negocio mío, dijo Nicolás, y salió á la calle donde estaba la tropa y el pueblo pidiendo á voces la muerte de los prisioneros.

Luego que apareció Nicolás Romero, lo victorearon con entusiasmo.

El guerrillero se descubrió la frente y dió tres vivas á la República.

—¡Mueran los franceses! gritó una voz, y cien la repitieron con rabia y desesperación.

—Sí, mueran, gritó Nicolás; pero mis soldados no son verdugos, el que quiera matar á los prisioneros, tiene franca la entrada.

Todos permanecieron en silencio.

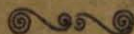
—Mis valientes saben pelear en el campo de batalla y respetar á los vencidos: ellos quieren dar una lección á sus enemigos.

—¡Viva Nicolás Romero! gritó el capitán Martínez, y metiendo su caballo entre el tumulto, le dió un abrazo al bravo guerrillero.

—Ya todo esta concluido, dijo Nicolás al coronel Eduardo.

—¡Muy bien, Nicolás! ¡eres todo un hombre!

—Llevaremos á los prisioneros al general Riva-Palacio.



IX.

Pocos días después, se publicaba en los periódicos de la capital una carta de un prisionero de donde tomamos los párrafos siguientes:

“Las fuerzas de Romero, Solano y Castillo, cayeron improvisamente sobre nosotros.

El jefe de nuestra escolta perdió la vida.

La fuerza del enemigo era superior á la nuestra. Nosotros nos defendimos; pero acabamos por ser batidos.

Yo he salido muy bien librado, pues pasando por alto un lanzaso que me pasó por el vestido del lado del corazón, todos se sorprenden de que no haya sido víctima del primer momento de furor de los soldados ó pasado por las armas después de haber caído en sus manos. Cierto es que ninguno está más sorprendido que yo mismo.

En fin, héme aquí sano y salvo.”

X.

La noticia de esta derrota causó una grande alarma en el ejército.

Libráronse órdenes de que batieran á los republicanos de Zitácuaro, y una columna del ejército franco-mexicano se dirigió á aquella ciudad á vengar á sus compañeros.

Luego que las fuerzas de Zitácuaro supieron la aproximación de fuerzas superiores, dejaron la ciudad, esperando en los alrededores la llegada del enemigo.

Nicolás Romero estaba, como siempre á la vanguardia, y comenzó á escaramucear con mucho éxito; pero el enemigo á su vez reforzó sus tiradores y la escaramuza tomaba las proporciones de una batalla.

El valiente guerrillero daba un verdadero espectáculo.

Montaba un alazán fogoso que ya tenía los encuentros á hijares cubiertos de espuma, y sin embargo, luchaba con todo el vigor de su raza, obedeciendo las indicaciones de la diestra mano que lo llevaba.

Sacudía la cabeza lleno de soberbia y su aliento era abrasante.

Ya acometía, ya se sentaba en los cuartos traseros, ora emprendía una carrera veloz y se detenía ligero en medio de

ella, ora se fijaba inmóvil á pesar de las detonaciones de la fusilería ó se lanzaba sobre el fogonazo tirado á quemaropa.

El guerrillero se salva por milagro en cada relance y la bala de su mosquete se perdía en las filas contrarias.

Romero no hacía caso de su pistola sino en los lances supremos.

Los soldados le imitaban, y cada uno de aquellos hombres sostenía luchas personales más terribles que un duelo inglés.

El parque comenzaba á faltar y los fusiles de los republicanos no todos tenían bayonetas.

Esta circunstancia era terrible en el supremo instante de una carga.

XI.

La caballería enemiga esperaba una oportunidad para lanzarse sobre la infantería que ya flanqueaba.

Quiñones y Martínez habían tomado dos fusiles que estaban al lado de unos muertos, y se pusieron á hacer fuego sobre el enemigo.

El coronel Fernández no cesaba de alentar á sus soldados con gritos de entusiasmo; pero como antiguo militar, comprendía que se acercaba el momento de la derrota.

—Mi coronel, gritó Nicolás, comience usted á retirarse que yo le protejo; y volviendo á todo escape al sitio donde los guerrilleros detenían el empuje del enemigo, emprendió con más ardor el combate.

—¡Quiñones! gritó el coronel, defienda usted este punto hasta morir, tome usted dos compañías de tiradores, mientras yo me retiro con el resto de la fuerza.

Quiñones se posesionó del cerro buscando el lugar más apropiado, y Martínez comenzó á la vanguardia iniciando el movimiento retrógrado.

El enemigo destacó un trozo de caballería al ver que Martínez se retiraba.

Los guerrilleros fueron abandonando palmo á palmo el terreno, hasta colocarse á retaguardia de los tiradores.

Estos detuvieron el trozo de caballería con todo éxito; pero las columnas de infantería avanzaban á paso veloz y dentro de diez minutos serían arrollados por completo.

Quiñones hacía fuego en retirada y se iba internando en el mayor orden posible.

El coronel Eduardo á la retaguardia de su columna caminaba apresuradamente temiendo ser alcanzado por el enemigo.

El terreno favorecía á los republicanos, que eran conocidos.

Nicolás Romero se había perdido por las veredas.

XII.

Cuando la tropa alcanza un triunfo, camina con una velocidad increíble, así es que los imperialistas seguían muy de cerca á los republicanos, esperando coronar su victoria con la aprehensión de la mayor parte de la fuerza.

En cuanto al botín sería muy pobre; porque aquel sufrido ejército no tenía más que harapos y la vida que dejar en manos de los vencedores.

Nicolás Romero comprendió el peligro y se decidió á salvar á la fuerza de Fernández.

Cuando los imperialistas estaban en desorden por efecto de su violenta persecución, el guerrillero cayó como un tigre á la vanguardia y logró hacerlos retroceder un tanto desmoralizados por la sorpresa.

Los clarines enemigos tocaron "alto."

—Estamos salvados! dijo Nicolás, haciendo alto también para dar descanso á sus guerrilleros.

Fernández siguió avanzando á pesar de la fatiga y del cansancio que abrumaba á sus soldados.

Dos horas más, y todos estaban fuera de peligro.

Había pasado una media hora, cuando dos soldados traían al teniente Quiñones sobre unos fusiles.

—Me han matado al oficial más valiente! exclamó el coronel y pasó su mano por la frente cubierta de sudor.

Efectivamente, Quiñones estaba atravesado por una bala. Venía pálido, sus labios estaban secos y su rostro intensamente descolorido.

—Quiñones, dijo cariñosamente Eduardo tomando entre sus manos la cabeza del guerrillero, ¿qué le pasa á usted? ¿qué tiene?

—Nada, mi coronel, había de llegar un día en que..... ¡yo me muerdo!.....

—No, no morirá usted porque es valiente y la patria lo necesita.

—Le he dado mi sangre.

—Sí, pero yo no quiero que la existencia de usted se acabe tan pronto.

El coronel no podía contener sus lágrimas que á su pesar corrían por sus mejillas.

Los soldados estaban tristes.

—Vamos! formen ustedes, muchachos, una camilla con mi jorongo y unas ramas, nos llevaremos al teniente, lo curaremos y él se aliviará.

—Mi coronel, dijo Quiñones, es usted mi padre.

Mientras que los soldados formaban la camilla, llegó Romero y dijo entusiasta al coronel: señor, Quiñones me ha avergonzado, se bate como un león, yo pido su ascenso inmediato.

—¡Soldados! exclamó con entusiasmo el coronel, en nombre de la República, y sobre el campo de batalla, doy al teniente Quiñones el empleo de capitán efectivo.

—Viva Quiñones! gritó la tropa, tirando al aire sus sombreros.

Quiñones se echó á llorar como un niño.

—Viva la independencia! dijo Romero con voz de trueno.

XIII

La camilla en que se colocó á Quiñones, se adelantó custodiada por unos guerrilleros.

—Señor, dijo uno de los de Romero la caballería nos sigue la pista.

—En marcha, señores, yo los detendré mientras se acerque la noche.

Efectivamente, Nicolás Romero tornó á encontrar á los imperialistas, que llenos de furor le acometían de muerte.

Nicolás sabía que una vez prisionero, su existencia estaba perdida; así es que luchaba con desesperación, sin pensar en las garantías que concede el derecho de la guerra á los prisioneros.

Los soldados no podían sostenerse por más tiempo, sus caballos les faltaban acaso en los momentos más críticos, habían hecho más de lo que debían.

La noche comenzaba á cerrar; pero la luna aparecía bien pronto alumbrando con sus resplandores el campo de los republicanos.

Comenzaba á percibirse entre las sombras de los árboles los fogonazos de la mosquetería.

La fuerza enemiga, temiendo perder su victoria, se detuvo para ordenarse, en tanto que Romero se replegaba á su campo, muerto de fatiga y de cansancio.

Martínez se quedó de avanzada en la vereda deseando que

avanzarían los imperialistas; porque exasperado con la desgracia de Quiñones, estaba posesionado de un furor infernal.

—Estamos mal, dijo el coronel á Romero, nuestra fuerza ha tenido muchas bajas, y temo que al amanecer la derrota sea completa; los infantes no pueden dar un solo paso.

—Así está el enemigo, respondió Nicolás, sus pérdidas han sido mayores y la persecución va á ser muy débil; por ahora podemos dormir tranquilos.

—Esa confianza te ha de perder algún día, Nicolás.

—Puede ser, lo que me desanima en esta lucha, es que la mayor parte de los jefes están en el extranjero y van abandonando el terreno.

—Es verdad, todos han pasado las fronteras, pero nosotros conservaremos el fuego.

—¡Demonio! dijo Nicolás, pensar que en cualquier momento nos pueden matar y que la revolución se acaba.

—Vendrá más tarde la reacción: este ímpetu de los franceses es temible; yo mismo he estado á punto de perder la moral.

—Todo está ocupado por el enemigo, todo, no nos queda ni un pueblo de importancia, los recursos no importan, comemos yerbas, pero dejar así no más perder la nación.....

—Ya ves lo que ha pasado, hasta el Sur lo recorren á pesar de que allí es el asilo de los patriotas.

—¡Demonio! el temperamento de Acapulco no dejará un argelino con vida.

—Lo que menos me importa es ese cuerpo de austriacos y belgas; á esos les he pegado cuantas veces se han atrevido á parárseme delante.

—Son unos desgraciados hortelanos ó baratilleros de su tierra, que entienden tanto de armas como de decir misa.

—En el encuentro pasado tiraron los fusiles y echaron á correr como unos gamos; ahí traigo su armamento que es muy bueno, lástima de los marrazos que se llevaron á la cintura.

—De que veo plumas en el sombrero, ya no hay temor; son ellos, derrota segura, ya les he dicho á los muchachos que no los maten. Los belgas son unos niños inofensivos, parece que los han reclutado en la casa de expósitos.

—Mi coronel, si esa es la gente que nos ha desubiyugar, desde luego que no habrá tal trono ni emperador.

—Nicolás, dijo el coronel, duerme un rato mientras yo velo, nos turnaremos mientras amanece.

—Está bien, dijo el guerrillero.

Se apeo del caballo atándose á la cintura el cabestro, y se tendió debajo del primer árbol.

Eduardo recorrió su campo contemplando á aquellos soldados infelices, que dormían profundamente sobre las rocas de las veredas.

—Desgraciados, decía, no tienen más esperanza que la muerte, pobres compañeros! Si llegamos á triunfar, su condición acaso se hará más infeliz, quedarán encerrados en los cuarteles y sujetos á la ordenanza, ó se les mandará miserables á sus hogares abandonados. Si mueren nadie recordará sus nombres ni que han derramado su sangre por la patria, sus hijos quedarán en la miseria; pobres soldados míos, yo los amo como á mis hijos!.....

XIV.

Un aire frío y sutil anunció que la mañana se acercaba.

—Coronel, dijo Romero, me he dormido como un pastor, ahora le toca á usted.

—Ya no hay tiempo, no dilata en amanecer; que la camilla de Quiñones se eche adelante y sigamos la marcha.

Los guerrilleros estaban listos, la infantería comenzó á desfilar, pero Martínez no se quiso alejar de la avanzada por no poner en alarma al enemigo.

La fuerza Republicana llevaba cuatro horas de adelanto, iba yerta de frío, pues las luminarias la hubieran denunciado al enemigo.

Amanecía cuando el capitán Martínez percibió que la infantería imperialista abandonaba la montaña dirigiéndose rumbo á la ciudad, y que una sección de caballería se organizaba para darle alcance á la fuerza que se creía iba en dispersión.

Volvió grupa con los guerrilleros hasta reunirse con Nicolás y el coronel.

—Señores, dijo, es necesario hacerles frente, la infantería se retira y los dragones que vienen en nuestra busca estoy seguro de "pegarles."

Romero, que le hablaban en su idioma, se volvió á Eduardo.

—Mi coronel, jugaremos el todo por el todo, tenemos la ventaja del terreno, colocaré á la infantería en esta loma, y fingiendo que huyo los haremos caer en la emboscada.

El coronel recorrió con la vista el campo y respondió:

—Está bien, yo me encargo de la operación; avancen ustedes á lo largo de la vereda, y mucho cuidado, la desgracia de Quiñones me tiene preocupado, no quiero tener otra pesadumbre.

—El coronel tiene un corazón de ángel, dijo Nicolás, y seguido de Martínez y los guerrilleros, tiró vereda adelante hasta encontrar á la fuerza imperialista.

XV

—Eduardo dividió su fuerza, situándola en dos lomas cubiertas de árboles y de follaje, que servía de entrada á un camino estrecho por donde forzosamente tenía de pasar el enemigo.

—Los soldados echaron pecho á tierra, y entraron en esa expectativa violenta que precede á los momentos del combate.

Una hora había pasado cuando se dejaron oír los tiros de los mosquetes, después la gritería de ordenanza, después la carrera tumultosa de los caballos.

Tras una nube de polvo, más bien, envueltos en ella, aparecieron los guerrilleros victoriando á la república para no ser confundidos con los imperiales.

La fuerza enemiga creyó en una derrota completa, y sin poderse contener, se echó con desesperación sobre los fugitivos, haciéndose compacta en la estrecha vereda que conducía al portezuelo donde estaba la infantería del coronel Eduardo.

A una señal se levantaron los soldados é hicieron una descarga cerrada sobre los dragones, que no esperando tal sorpresa, se hallaron aturdidos, pues habían caído de plano en la emboscada.

Una segunda descarga acabó de desmoralizarlos.

Entonces Romero y Martínez, volviendo la grupa cerraron contra ellos, y pasando sobre una alfombra de cadáveres, hacían prisioneros á todos los que no fueron bastantes avisados para huir.

Los clarines tocaron diana, resonaron mil gritos de victoria y los soldados comenzaron á desnudar á los muertos y prisioneros mientras Martínez recogía el armamento y los caballos.

—¡Viva el comandante Martínez! gritó Nicolás abrazando al bravo guerrillero.

—Estas divisas de capitán, respondió Martínez, las guardo para mi compañero Quiñones.

XVI.

Estas victorias parciales, los imperialistas las convertían en derrotas con la mayor desvergüenza.

A pesar de los triunfos que eran verdaderamente efímeros, se sostenía el pensamiento nacional, y como había dicho el coronel Fernández; conservaban el fuego patrio.

La república estaba en la hora aciaga de las vicisitudes: lo que no podían las armas, el destino se encargaba de completar.

Todos eran infortunios y contrariedades.

Hay hechos que parecen fabulosos por lo terrible, pero desgraciadamente pertenecen á la historia de la predestinación humana.

Aquel miserable cuerpo que no podía llamarse ejército, estaba en momentos expansivos de la alegría.

El botín les parecía espléndido comparado con infinita pobreza.

La lucha los había puesto en gran fatiga y la sed más terrible los acosaba.

XVII.

En el Sur de Michoacán hay unos arbustos que dan una fruta pequeña y jugosa como la cereza; pero el licor que encierra es un veneno activo y terrible.

La tropa sedienta comenzó á tomar aquel emponzoñado fruto para mitigar el calor que la devoraba.

—¡Muy bien Nicolás! decía Eduardo, eres mi brazo derecho; la república premiará alguna vez tus servicios; tú Romero, mereces más que yo la banda que ciño.

—Este es mi premio, dijo el guerrillero señalando el grupo de prisioneros, yo nunca espero nada; cuando la otra revolución se olvidaron de que existía, pero como que yo peleo por mi patria, me satisface saber que cumplo con mis deberes.

—Yo, dijo Eduardo, no tengo más aspiración que volver á México, a lá está cuanto amo más en el mundo después de mis soldados.

—¿Está usted enamorado, coronel?

—Sí, profundamente, y no he tenido hasta ahora razón alguna de mi novia ni de mi pobre madre; ¿qué será de ellas? Nicolás, cuando se tiene familia no sirve uno para pelear, siempre tiene uno delante algo que le inquiete y le sobresalte.

—Es verdad, pero lo es también que á la hora todo se olvida, y no se busca otra cosa que acabar con el enemigo.

El coronel volvió á fijarse en las operaciones de la campaña.

—Organizaremos, dijo otra expedición contra Zitácuaro.

—Y ya van tres, observó Romero.

—Espero á varios compañeros que deben reunírseos; entre tanto, tú ocuparás el camino, y recorrerás, si lo crees conveniente, hasta el valle de Toluca.

—Esos son mis terrenos, dijo Nicolás, aquí no hay recursos y yo no puedo proporcionarlos; volveré con algún dinero.

—Pues hoy mismo partirás.

—Ya estoy dispuesto.

XVIII.

Interrumpióse esta conversación porque á corta distancia los clarines dieron el toque de enemigo.

Los soldados corrieron á sus armas.

Martínez llegó pálido á donde estaba Romero y el coronel.

—¿Qué pasa? le preguntaron simultáneamente.

—No hay más enemigo que la muerte, dijo Martínez, la tropa está envenenada con esa maldita fruta: para alejarnos de los arbustos he dado ese toque, estamos perdidos!

—¡Esto es horrible! gritó el coronel con desesperación.

—Dios nos abandona, exclamó Nicolás Romero. ¿Qué haremos?

—Nada, respondió Martínez.

La escena más espantosa se desarrolló á los ojos de aquellos dos hombres, que con tantos trabajos habían logrado formar un núcleo para sostener la revolución.

Los soldados, presa del tósigo, comenzaron á caer dando gritos horribles de dolor.

Los semblantes de aquellos infelices, pocos momentos ha llenos de alegría y entusiasmo, yacían cadavéricos, descompuestos y cubiertos de sombras.

—La muerte caía de improviso en el campo republicano.

¡Dios había apartado la vista de los defensores de la república!

—¡No! decía llorando el coronel Fernández, mis soldados no merecía esta muerte, su sangre debía regar los altares de la patria! ¡El cielo se ha conjurado contra nosotros!

Era doloroso ver aquel cuadro que presentaba el campamento.

Los soldados que se veían libres del veneno acudían á socorrer á sus amigos; es decir á tomarlos en sus brazos para que murieran tranquilos.

—Váyase usted, mi coronel, dijo Martínez, es horrible esta escena.

El coronel Eduardo fué arrancado por Nicolás de aquel sitio, en tanto que Pablo Martínez daba sepultura en una fosa común á sus compañeros.

Los enfermos fueron conducidos en los caballos de los guerrilleros.

Martínez marcó aquel funesto lugar con una cruz formada de ramas.

—¡Leoncio! dijo saltando sobre su caballo, es la primera vez que les toca levantar el campo á los vencidos!

¡Cuántos sacrificios olvidados! ¡cuantos hechos heroicos, cuantos hombres hundidos en el polvo de la tumba en aras de la República!

CAPITULO DUODECIMO.

AMORES IMPERIALES.

I

La corte de S. M. el emperador Maximiliano andaba un tanto revuelta con las noticias del extranjero, pues los enviados europeos desconfiaban del aseguramiento del trono, por la actitud hostil que presentaban los Estados Unidos.

Se decía por entonces que el gobierno americano habia enviado unas notas no muy diplomáticas á las Tullerías, y que el emperador francés comentaba aquella correspondencia con más interés que la "Vida del César."

Mientras Jefferson Davis estuviese en su "Casa Blanca" y Edmundo Lec, tuviese á su disposición un ejército disciplinado y valiente, no había cuidado de que el imperio mexicano viniese á tierra al poderoso aliento de la doctrina Monroe.

¡Algo inquietaba á los imperialistas que á un simple llamado de la unión, acudiesen "ochocientos mil" hombres á empuñar las armas haciendo un total de "millón y medio" de soldados!

La estrella de la confederación había entrado en la penumbra y ya iniciado su eclipse, nada le apartaría de la sombra.

Era necesario acabar con los últimos restos de la república, para que al menos pasase el imperio como un hecho consumado.

Este sofisma provocaría la hilaridad en la patria de Washington.



II.

El mariscal Bazaine daba partes pomposos y la prensa proclamaba que el pabellón nacional estaba solamente en la mano de Juárez si contar con otro defensor.

México daba el espectáculo grotesco de un renacimiento monárquico sin nobleza ni monarquistas.

La decoración había cambiado, la reacción se ceñía la corona, ya estaba cansada de tener acicalado el bonete de la teocracia.

La sociedad conservadora jugaba á la monarquía.

Se nombraron chambelanes, caballeros, damas, cancilleres, maestros de ceremonias, guardia palatina, y toda la comarsa y segundones que se necesitan para el aparato monárquico.

Resucitóse la Orden de Guadalupe, se estableció la del Aguila Mexicana y la de San Carlos, expidiéndose despachos por millares, es decir, señalando las piedras del nuevo edificio como un maestro de obras, numera su cantera, chiluca ó sillera.

La sociedad de esos días era profana en materias cortesanas, lo que hacía reír á solas á los austriacos, que se les notaba lo contrariados que se hallaban en su nueva corte.

Los recursos estaban en menguante.

El segundo empréstito no pudo cotizarse, así es que Napoleón tuvo que seguir pagando su ejército á pesar de los convenios.

Los franceses, como en todas partes, ya se habían concitado la enemistad cordinal de todas las poblaciones.

El número de los fusilados ascendía á una cifra fabulosa.

Aun no se oreaba la sangre de la víspera, cuando una nueva lluvia refrescaba las gradas del cadalso.

¡Qué importaba! ya teníamos, *jardín de fieras*, alcázar de Chapultepec y *rampa* magnífica para ascender al nuevo Miramar de los augustos y nobles soberanos, y tertulias imperiales!

Todos estos elementos hacen la felicidad de cualquiera nación, á no ser que el pueblo se empeñe en ser desgraciado.

La revolución intestina comenzaba á roer las entrañas al imperio.

El clero estaba divorciado, porque creyó encontrar en Maximiliano un Felipe II y monseñor Labastida se creía un Torquemada, y los frailes soñaban en los católicos días del Santo